

543987

CLARIDAD



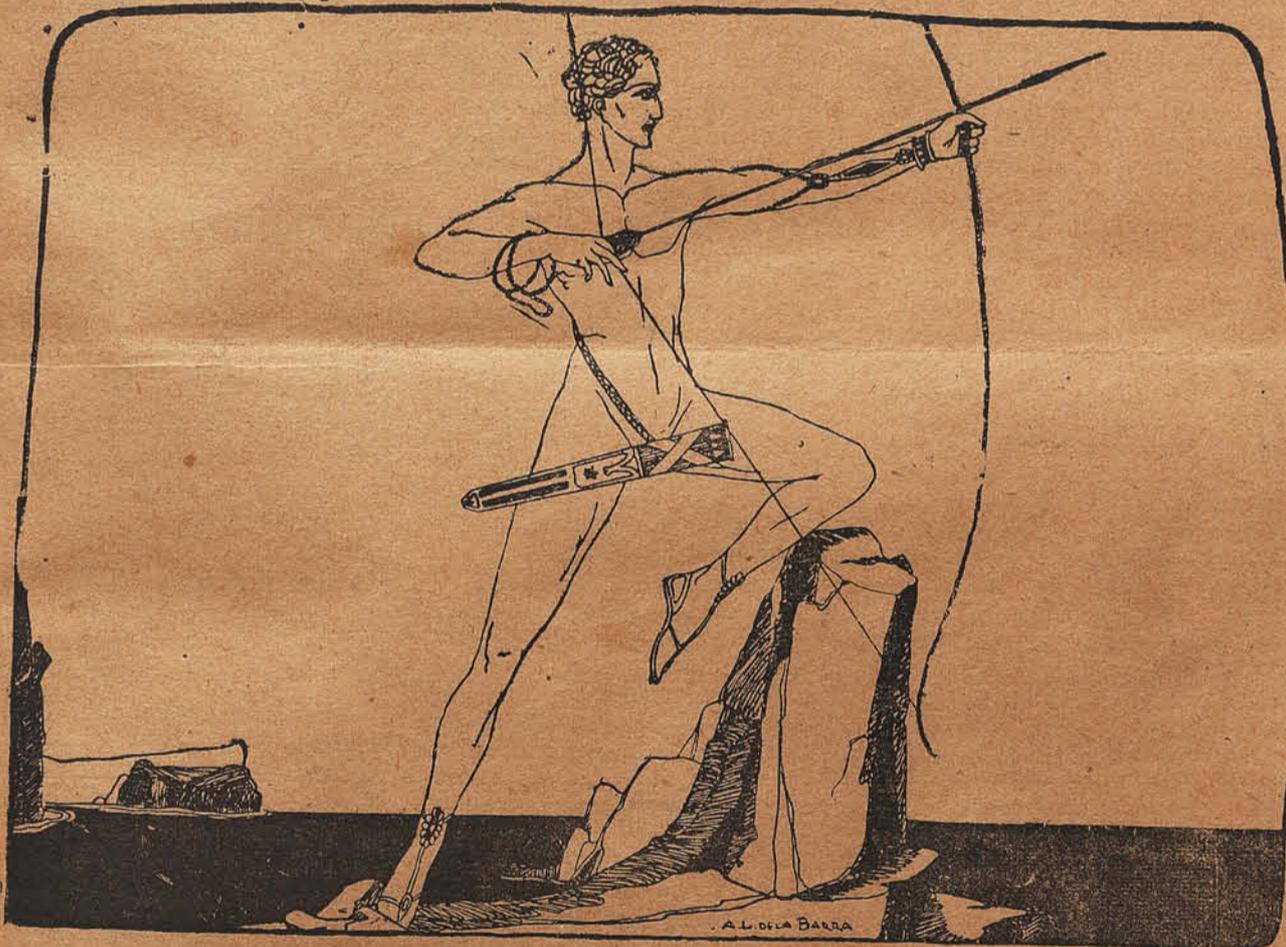
PERIÓDICO SEMANAL DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ACTUALIDADES
ORGANO OFICIAL DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE
— Redacción y Administración: Federación de Estudiantes. — Santiago —

Precio: 20 Cts. Aparece los Sábados
4.a Edición

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, OCTUBRE 12 DE 1920

N.º 1



La primera palabra

Hemos sido insultados y escarnecidos, hemos sido atropellados y vejados, hemos sido violentados y aberrojados.

La calumnia ha manchado nuestro nombre. Se ha conculcado nuestro derecho. Se nos ha amordazado y se nos ha aprisionado.

Turbas sedientas de botín demantelaron nuestra casa. Jueces inhumanos exigieron sacrificios de sangre, y uno de los nuestros, el poeta sin mácula, fué inmolado.

Ante la violencia erigida en ley, hubimos de silenciar nuestras bo-

cas, pero en el secreto de nuestros corazones alimentábamos ímpetus de rebeldía.

Sólo hoy, al declinar de las horas cárdenas, en la víspera del derrumbe total de este régimen maldito, lanzamos al mundo nuestra protesta angustiosa y rebelde.

La juventud y el ideal nos llaman al olvido y al renunciamiento.

Pero hay nombres de odio que no podremos arrancar de nuestras vidas: les emplazamos para la hora de [la justicia, que será la hora de nuestra vindicación.

¡ACUSAMOS!

Ante la muerte de J. D. Gómez Rojas, nosotros acusamos!

La muerte de nuestro compañero es un crimen que nos retrotrae a los siglos oscuros y tenebrosos de la Edad Media.

La muerte de Gómez Rojas significa para nosotros algo más que el desaparecimiento de un hombre arrebatado a la vida con premura; algo más que la muerte moral de un Ministro de Justicia tan perverso como orpe; algo más que eso: es el epílogo de un régimen de terror que acabamos de vivir y en donde un Presidente de la República interviene en la forma más inaudita que registra la Historia de los Presidentes de Chile, y alrededor del cual hay todo un Parlamento que desconoce sus deberes, toda una Prensa que se arrastra y toda una camarilla siniestra de intrigantes y de mistificadores.

Todo eso significa para nosotros la muerte de Gómez Rojas.

Se ha sacrificado la vida de un hombre que era un poeta y que era un hombre.

Se ha sacrificado a una madre anciana que hoy día sin recurso, se encuentra abandonada al azar. Se ha destrozado el corazón de una anciana que jamás pudo creer que su hijo fuera un criminal. Se ha injuriado a esa madre con procedimientos inverosímiles y canallescos, y aún se pretende demostrar con sesudos infolios que la muerte de Gómez Rojas no fué originada por la prisión arbitraria que sufrió nuestro camarada durante 60 días.

¿Magistrados, oligarcas:

¿Sois vosotros los celosos guardianes del patriotismo. ¿Sois vosotros los encargados de que ese sentimiento no se debilite entre los 4 millones de hombres de este país?

¿No comprendéis que tras la muerte de Gómez Rojas, asesinado por antipatriota, la razón nos impedirá creer en vuestro falso patriotismo de fronteras?

¿No comprendéis que tras la muerte de Gómez Rojas, muchos millones de hombres conscientes de esta República os señalan con el dedo, como los únicos culpables de este atentado a la vida de un hombre?

¿No comprendéis que tras la muerte de Gómez Rojas, hay un hermanito menor que jamás olvidará porque fué asesinado un sér que era sangre de su sangre?

¿Nosotros los antipatriotas, los subversivos, acusamos en nombre de la Justicia y de nuestra dignidad de Hombres Libres, que vosotros los que formáis el Parlamento, vosotros los que pertenecéis a la prensa, vosotros los que estáis en la Administración Pública, estáis sembrando la anarquía y estáis debilitando el patriotismo!

Redacción y Administración Federación de Estudiantes SANTIAGO	 <h1 style="font-size: 2em; margin: 0;">CLARIDAD</h1> <p style="margin: 0;">Periódico Semanal de Sociología, Arte y Actualidades</p> 	Organo oficial de la Federación de Estudiantes de Chile
---	---	---

SANTIAGO, OCTUBRE DE 12 1920

CLARIDAD

Claridad...

En los campos de batalla de la vieja Europa no murieron sólo hombres; murió también un mundo cuya organización podía sintetizarse en la célebre frase: «el hombre es el lobo del hombre».

Entre el caos y la negra noche que la guerra provocó, comenzaron a alzarse como tenue Claridad las voces de redención de los humildes. En el Oriente alumbró su primer destello con la caída de la autocracia rusa; sus rayos lograron fulminar el imperialismo alemán; a su calor los obreros ingleses, españoles e italiano se sienten revivir y comienzan de nuevo la jornada emancipadora. En la Francia son los intelectuales que se alzan contra un régimen de barbarie e ignominia y son los France, los Barbusse, los Giede, los Richet, los que enarbolan el rojo pendón de la igualdad, la fraternidad, la libertad.

Entre el caos y la negra noche que una oligarquía inepta creó, comienza también a alzarse en nuestra tierra, como tenue Claridad, la voz potente del proletariado que pide más Justicia, más Solidaridad, más Igualdad. Hasta hoy, excepción hecha de los estudiantes; los intelectuales han parecido ignorar el gran movimiento redentor.

Y es aquí, en nuestra tierra, donde su cooperación podría ser más eficaz. Aquí, donde aún está todo por hacer, es donde podrían ellos, los estudiosos, los artistas realizar una labor más eficiente y decisiva.

Día llegará, y es uno de nuestros anhelos, en que el hombre sea al mismo tiempo un intelectual y un obrero, un trabajador del cerebro y del músculo; pero hoy la pesada tarea del obrero le impide dedicarse al estudio de los diversos problemas; corresponde al intelectual dar a los trabajadores los materiales necesarios para que puedan dirigir su labor renovadora y hacerla fecunda.

Claridad pretende aunar la labor de intelectuales y obreros. Los unos darán la semilla, los otros la sembrarán y cultivarán; todos recogerán la cosecha.

He ahí, en síntesis, nuestro programa. A vosotros, obreros e intelectuales, os corresponde conseguir que Claridad no desaparezca en la espesa bruma del prejuicio y el egoísmo.

...¿y qué es la opinión pública?—Fernando G. Oldini.

Entre las palabras sonoramente vacías con que los cerebros humanos emsobajeados, borrachos su estupidez, ninguna más aureolada de falsos prestigios que ésta: Opinión Pública... ¡Como si el público, esa amorfo rebaño gruñente, donde el banquero y el cuidador de cerdos, el Ministro de Estado y el paco, se hermanan en el cretinismo, pudiera tener opinión!... Jamás, jamás; jamás el público ha sabido pensar. El cerebro es en él un adorno inútil que por equivocación pavonea su mole sobre los hombros. Si hubiera sido colocado bajo el hombligo, y si en lugar de fósforo contuviera jugo gástrico, su actividad podría ser efectiva. Pero la infinitamente sabia Naturaleza no supo o no pudo hacerlo. Ahora bien, si esta imposibilidad de reflexionar es notoria, ¿cómo explicarse que en pleno siglo XX, cuando día a día tornase más difícil mentir en materias de este jaez, se sostenga descaradamente tal aberración?

El público está formando, como antes decíamos, por un amalgamamiento de imbelicidades explotadas y de imbelicidades explotadoras. Fuera del rebaño, un grupo de cénicos, conscientes de sus ventajas, empuña la fusta y lo arrea...

Por una compleja serie de causas, una fracción de la manada, la de los que en su espíritu y en su carne sienten expandirse la nauseante y macabra podredumbre de las llagas y de la degeneración, pretende, en vez en vez, insurreccionarse... Los señores del látigo comprenden que no se puede dominar siempre a sablazos y a tiros; saben que más eficaces que estos procederes violentos son, a menudo, las lisonjas, con tal que su empleo sea regido por una ladinidad sutil y maquiavélica. Entonces pasan la mano sobre el lomo a la bestia encabritada, le hacen creer que es un ser racional y que tal se le conceptúa, apelan a sus sentimientos, le hablan de sus virtudes, le enumeran sus cualidades... y de todo ello deducen que es necesaria, lógica, ineludible la continuación práctica de su mansedumbre habitual. Esta mansedumbre no es ya, por su puesto, tal mansedumbre. Por una maravillosa metamorfosis ha adquirido, de pronto, apariencias y nombres sonantes y deslumbradores,

ha sido alzada a la categoría de conclusión natural de una espontánea y libre facultad de razonar...

La otra parte del rebaño cuya bajeza va decorada de oro y de satisfacciones físicas, como jamás ha sentido el estímulo saludable del hambre, y por consecuencia jamás ha experimentado el ímpetu dignificador de la rebelión, más asnal, más saturada de fe devota e irracional, cree, como en un dogma, que en su vacuidad y en la de sus congéneres brilla una lucecita milagrosa encargada como la estrella bíblica de alumbrarles el sentido de las rutas espirituales, y enseñarles a discernir... Además el instinto le advierte que su conservación está unido a la mayor o menor difusión, a la mayor o menor intensidad de acción de tales creencias... Con tal fin, ha considerado necesario darles un nombre sagrado, cimentarlas en un haz de preceptos, nimbarlas con la irradiación de nombres famosos, inofensivos por los lontanos y anacróticos, insuflarles el aliento de ciertas ideas.

«Evolucionamos continuamente en un ambiente que, a su vez, evoluciona», ha dicho alguien. De lo cual se deduce que las ideas también están sujetas a tal contingencia. Hubo una época en que ellas tuvieron razón de ser. Unos locos, unos videntes las arrancaron a lo desconocido y las lanzaron a la vida. Pero entonces estas ideas eran peligrosas... y en nombre de otras ideas, ya caducadas, los señores del látigo levantaron contra ellas a la Opinión Pública. Sus autores fueron lapidados... Pasaron los días, y la idea, perdida su actualidad, perdida su juventud, atrofiado su vigor, anulada su facultad de actuar, tornada décrepita e inofensiva, pareció digna de integrar el osario que constituye la base cerebral de las masas y entró en él. Ahora los interesados la esgrimen contra nuevas ideas... ¡Y a esto se llama Opinión!... No, mil veces nó... Señalémosla por su nombre... Gritemos, hasta que los ciimientos del mundo lo entiendan qué es la confabulación de las momias contra el futuro, de lo abyecto contra lo noble, de la fealdad contra la belleza, de la regresión contra el progreso, de la muerte contra la vida. Gritemos que constituye un sarcasmo bru-

tal la pretensión de imponer al mundo como norma guiadora, una acumulación de estupideces y caducidades... y lancemos a todos los ámbitos, como una trompería heroica nuestra rebelde exhortación. Todos los que aman la vida y no temen vivirla plenamente; todos los que anhelan permanecer libres y ser ellos, únicamente, perennemente ellos, deberán pasar sobre la Opinión Pública, hollándola con su desprecio, inacabablemente joven, de dioses invulnerables.

Flandio Rolland

Vindiquemos a la cigarra...

Federico Gutiérrez, el incansable luchador argentino, nos tiende la mano «por encima de la cordillera», nos alienta y nos promete su concurso eficaz.

Damos a continuación un trabajo suyo que acompañaba a su saludo:

¡Va a realizarse la utopía,
todo de todos!... Y la tierra
abriéndose inconmensurable,
como si brindara su vientre
a una fecundación de estrellas!

Vamos, por fin, a ser felices,
hermanos de techo y de mesa;
como compartimos el sol,
compartiremos lo que gesta:
¡buen tabaco para la pipa
y buen vino para la copa
y buen amor para las hembras!

La vida dirá su canción
por nuestras bocas. ¡Quien pu-
[diera
saber como juzgan los astros
lo que va a pasar en la tierra!...

Y en esa canción de la vida,
cuando llegue la primavera
¡Vamos a vindicar a la cigarra
nosotros, los poetas!...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ

Sep. 1920.

En pleno terror blanco

Domingo Gomez Rojas ante la justicia chilena

El poeta Domingo Gómez Rojas, era estudiante de Leyes y de Pedagogía al mismo tiempo que empleado en la Municipalidad y profesor del Liceo Nocturno, que sostienen los alumnos del Liceo Pedagógico.

Su personalidad intelectual se había dado a conocer por su volumen «Rebeldías Líricas»—versos ácratas en que resplandecía un alto amor por la causa de la redención proletaria. Publicado el año 1913, había sido nada más que un anuncio: posteriormente el lírico transcendental de ese volumen habíase convertido en un hondo y puro elegíaco, obsesionado por la idea de la muerte.

Pero el público—el grueso público—no lo conocía. «Rebeldías», había pasado desapercibido, saludado sólo por algunos muchachos, sus amigos que presintieron en Gómez Rojas el enorme poeta que luego hemos visto mostrarse plenamente en diversos y poco numerosos poemas publicados en revistas y hasta—uno—en la Antología de los Diez.

Y el muchacho bueno y amante del pueblo, su hermano, caía preso el 24 de Julio de 1920 por «subversivo».

Su entrada a la Industrial Workers of the World, su efímera estada en esa institución, habían bastado para hacerle blanco de persecuciones sin bese lógica y de un triste valor de celebridad.

En la Cárcel

Incomunicado como un criminal fué introducido Gómez Rojas a la Cárcel Pública, y estuvo en ese estado hasta que don José Astorquiza, Ministro sumariante, agotado el plazo que la ley concede, hubo de ponerle en libre plática.

Los primeros pasos para obtener su libertad, sus actividades para probar a la justicia de nuestro país que sus antecedentes le acreditaban como un hombre pacífico y digno, fueron entorpecidos por intrigas infames de los asalariados que forman corte alrededor de don José Astorquiza.

Comenzó a sufrir. Las medidas disciplinarias dictadas en su contra aumentaron sus sufrimientos. Las injusticias interminables le fueron amargando hondamente, hiriendo hasta lo más hondo su espíritu sensible de artista.

Pero en estos días, que de haberse prolongado le habrían acarreado quizá qué dolencias de la carne y del espíritu, los subversivos (1) fueron trasladados a la Penitenciaría.

Ya era aquel un edificio más higiénico, más amplio, y en él se gozaba de relativas libertad y comodidad.

En la Penitenciaría

Sus días allí están señalados por un rastro doloroso y puro de hermosos poemas. Sus amistades

le veían en las tardes y le llevaban libros y golosinas. Su madre—la inspiradora de los versos más altos de toda su labor—podía estrecharlo entre sus brazos trémulos, sin tener que sufrir la inquisición hipócrita de un Ascuí ni las impertinencias y groserías de un García Vidaurre.

En la Penitenciaría podía ver a los seres que le acompañaban en su vida y si tenía todas ellas predilecciones—mimos comparados, con los suplicios de la Cárcel—era porque allí se miraba con simpatía y con respeto humanitario a estos hombres que sufrían injusticias y arbitrariedades sin nombre de parte de los encargados de administrar justicia.

Pero aquel oasis no duró mucho. El día 29 de Agosto se le trasladó de nuevo y sin motivo a la Cárcel. Don José Astorquiza quería tenerle cerca de sí, animado sin duda de un franco anhelo de comprensión espiritual...

De nuevo en la Cárcel

El sacrificio de su cuerpo y su alma—iniciado poco más de un mes antes—empezaba aquí su fase álgida y más terrible.

En la Cárcel los reos no tienen sino dos horas de patio al día. Habitan unas celdas sin ventilación, húmedas y mal olientes, que son parte de un edificio sombrío y tétrico.

Una mentalidad como la de Gómez Rojas no podía permanecer inactiva un sólo instante. Lo prueban sus numerosas ocupaciones, lo prueba su labor poética numerosísima.

Sus postreros poemas encierran sarcasmos tremendos, arrojados como un escupo a la máscara de justicia que le mantenía encarcelado y que cada cierto tiempo se permitía usar de un rigor aún mayor para con él.

El 20 de Septiembre supimos la nueva trágica e increíble. Gómez Rojas se había vuelto loco.

La locura

Era verdad aquella noticia que nadie quiso creer. Era locura aquello que imbéciles magistrados quisieron interpretar torcidamente: «No queremos tener que glosar mañana la noticia que un mes y más de privaciones hayan arruinado la salud del joven Gómez Rojas—decía el 22 de Septiembre Armando Donoso en «El Mercurio»—o le hayan sepultado en una celda del Manicomio».

Se le trasladó a la Casa de Orates, agravada y complicada su enfermedad por tratamientos indignos de un país como pretende ser el nuestro. Porque no es una fábula aquello de que se le creyera simulador y se quisieran neutralizar sus demostraciones por medio de duchas violentas, de agua fría

y amordazamientos, medios todos en que entraba para su aplicación, sólo el criterio de los guardianes encargados de cuidarle.

Los miembros de su familia saben de esas escenas en que Gómez Rojas, inconocible y perdida la razón, sollozaba como un niño herido en los brazos de su madre y recordaba la terapéutica increíble de sus cancerberos.

En el Manicomio

Atacado de raptos sucesivos de furia, Gómez Rojas había destrozado sus ropas y se había herido el cuerpo. En la Casa de Orates toda atención fué inútil; hubo de esperarse, todo de la casualidad. A los pocos días de llegar allí se supo que la meningitis le amenazaba. Esa nueva dolencia era la muerte segura y a breve plazo, y cualquier remedio no tenía mayor significación que la de un recurso desesperado.

Murió el día 29 de Setiembre, a las 11 de la mañana, tras una larga y dolorosa agonía.

Sus restos

Se inició entonces una rivalidad: sin duda el propósito de la justicia era no conceder su cadáver para velarlo en la Federación de Estudiantes. Pero un principio humano cuya negación nos resistiríamos a calificar, hizo que fuese concedido.

En la Federación, en una capilla arreglada con sencillez, se veló desde el mediodía del treinta de Setiembre hasta el mediodía del primero de Octubre.

El entierro

La tarde del primero de Octubre, a las dos, fueron, acompañados de una muchedumbre inmensa, llevados sus restos al Cementerio General.

Las sociedades obreras demostraban en esta ocasión su solidaridad estrecha con las agrupaciones estudiantiles. Y para hablar con hechos a la conciencia del país, se hizo efectiva una orden de paro de tranvías, a fin de que todos los obreros de la capital llegasen hasta el Cementerio a sepultar el cadáver de Gómez Rojas.

Todo lo que digamos sobre aquella manifestación silenciosa, sería poco. Los datos más verosímiles nos hacen suponer una asistencia no inferior a 50 mil personas, ocupando un largo en compacto desfile, de más de 15 cuadras. Los vecinos de las calles que el cortejo recorrió, estaban llenando las aceras y asociábanse al dolor del pueblo que iba tras los restos.

Los oradores

El compañero de prisión y de estudios de Domingo Gómez Rojas, Pedro León Ugalde, defensor también de los reclusos por «sub-

versión», despidió sus restos con palabras valientes y justas, antes de ponerse en marcha el cortejo, desde los balcones del Club de Estudiantes.

En la tribuna colocada en la puerta del Cementerio, le siguieron en el uso de la palabra numerosos oradores.

Recordamos los nombres de Alfredo Demaría, presidente de la Federación de Estudiantes; Fernando García Oldini, presidente del Centro del Conservatorio; Rafael Maluenda, conocido literato y periodista; Carlos Valdés Vasquez, estudiante; Roberto Meza Fuentes, estudiante y director de la revista de la Federación, «Juventud»; Elías G. Urzúa, presidente de la Federación de Estudiantes de Instrucción Secundaria; Rafael Torreblanca, diputado; Oscar Blanco Viel, profesor del Liceo Barros Borgoño; Manuel Hidalgo, miembro de la Federación Obrera de Chile; J. Gallardo Nieto, Carlos Vicuña, profesor de los Liceos de Santiago y defensor de algunos reos por cuestiones sociales; Elzio Prestinoni, a nombre de una Sociedad Obrera; Rigoberto Soto Rengifo, compañero de prisión de Gómez Rojas, puesto en libertad dos horas antes del entierro; Guillermo Bañados E., a nombre del Partido Demócrata y quien en repetidas ocasiones ha defendido vigorosamente la actitud estudiantil; Hugo Fortín, por el Centro del Liceo Nocturno Pedagógico y el ex-presidente de la Federación de Estudiantes, Santiago Labarca, quien por estas persecuciones ridículas a la libertad de pensamiento, ha tenido que estar oculto desde el día 20 de Julio.

Todos tuvieron palabras candentes para condenar estos atropellos que llevaban a la tumba, prematuramente al tan estimado compañero Gómez Rojas.

Entre los discursos llamaron la atención el de Maluenda, una sentidísima oración fúnebre de F. G. Oldini, el de Carlos Vicuña y los de Roberto Soto Rengifo y Santiago Labarca.

Las responsabilidades

Ante el cadáver de Domingo Gómez Rojas, en todos los labios se esbozaba una condenación para aquellos que intervinieron directamente en su muerte como para los que prefirieron callar, por miedo, por interés.

Y son cómplices de esta indignidad sin nombre en un país que quiera ser civilizado, los periodistas burgueses y asalariados, atentos a los deseos del amo, a la voz del amo, la mayoría de los parlamentarios discursadores enfáticos y huecos, que hacen equilibrios y tienen como un espectro los intereses del partido ante su vista y son cómplices también todos aquellos que agacharon la cerviz antes

de ver fracasados todos los medios de protesta que estaban a sus alcances.

Por ellos, por todos ellos, medran los malos gobernantes y se mantienen regimenes podridos e inactuales. Por ellos la infamia hace con absoluta tranquilidad sus víctimas y las cárceles se llenan de talentos que no cometieron en su vida otro delito que el inherente al hambre: pensar.

Y por ellos mueren, se apagan aquellas esperanzas en que mil conciencias veían pensamientos, cumbres hechos versos y también hechos protestas.

¿Cómo es posible quedar en paz, con los brazos cruzados, como cualquier paniaguado pancesco y an-

quilótico? ¿Que sería de la humanidad si no hubiese héroes y mártires?

La muerte de Gómez Rojas es, aparte el dolor de su desaparición, el mayor triunfo que nos podían dar los jueces y los esbirros.

Insertamos a continuación dos discursos pronunciados en la puerta del Cementerio por los compañeros Valdés Vásquez y García Oldini:

De Carlos Valdés

¡Oh dolor, tú que engendras las
[grandes creaciones
Serás el rojo origen de heróicas
[rebeliones
¡Dolor! hiere mi pecho, dame tu
[cruel calvario

pero haz que mis gemidos y dolores
[rosos llantos
sean las rebeldías y los líricos
[cantos
que hagan de cada esclavo un
[revolucionario.

Así cantaba a los 15 años el que fué siempre un profundo convencido de la necesidad de la destrucción social, de esta sociedad carcomida por la roña de los siglos, y al que hoy sobre su tumba labrada por jueces incensatos, cantamos los rebeldes.

¡Cantamos! mientras el coro trágico y doliente de los miserables, de las ramerías, de los parias llora desgarradoramente en el recuerdo de su obra.

¡Incensatos! que hicisteis, no veís que sobre el martirio de la carne; ¿no veís que sobre el dolor de la carne, no veís que sobre la muerte de la carne, surge divinizándose la idea?

Héme aquí afirmando tu rebeldía contra los que cobardemente te llaman hoy excelente ciudadano; tú el doloroso cantor de la miseria, tú, el réprobo azotado por el hambre. Ciudadanos, tú, el mártir del mísero espíritu ciudadano. ¡Blasfemia!

¡En nombre de la emoción y el firmamento, héme aquí afirmando tu heroica rebeldía!

Raza fuerte es la raza de los réprobos.

(Pasa a la pág. 5)



J. DOMINGO GOMEZ ROJAS

LOS NUEVOS

La obra de este poeta—en su casi totalidad inédita—es el prolongado milagro ultraterreno de un hombre que viviera en comunicación con las estrellas, cultivando la humilde sapiencia de comprender a Dios. En la literatura de este país el poeta del «Miserere» es un valor único. Jamás poeta chileno había expresado con más vigor, con más lancinante insistencia, el horror dulce y arcano del no ser, la fiesta multicolor y bárbara del cuerpo entregado a las transfiguraciones gloriosas del gusano, que habrá de tornarse en mariposa, del corazón que ascenderá a la tierra en una resurrección fragante de rosas, de las manos que seguirán siendo pálidas en un batir de alas de paloma... Daniel Vásquez es frente a la naturaleza como un niño; un niño que ciego durante toda su vida recobraría de pronto la vista y se quedara encantado ante el espectáculo de maravilla y de quimera que ofrece la estrella, la luna, el cielo. A veces esa ingenuidad toma el sabor de las narraciones orientales, donde un príncipe azul y melancólico quiere robar una

estrella que le ha pedido su amada. Tal este poeta que tiene reinos fabulosos en la luna y le habla a las estrellas como hermanas. Hay en esta concepción del paisaje algo del alma del «mínimo y dulce Francisco de Asís», y también algo del blando eneanto que tienen esas tablas infantiles y elementales pintadas por los primitivos. Los versos compuestos en la cárcel son los versos de la rebeldía, son los versos que la tiranía de un régimen estúpido hizo arrancar con girones del corazón de un hombre bueno y de un poeta grande. Leyéndolos un grito de rebelión se nos ahoga en la garganta, y una fuerza desconocida nos impulsa a acariciar bellas cosas absurdas y realizables. Los versos de la cárcel tienen la fiereza de los anatemas, pero nacidos de un poeta, tienen también la grandeza de un sentimiento inaudito de conmiseración y de perdón.

Después vienen las estrofas dislocadas y escalofriantes de la locura simulada...

R. Y. A.

J. DOMINGO GOMEZ ROJAS

(DANIEL VÁSQUEZ)

ELEGÍAS DE LA CÁRCEL

En esta cárcel donde los hombres me trajeron en donde la injusticia de una ley nos encierra: He pensado en las tumbas en donde se pudrieron magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Magistrados y jueces y verdugos serviles que imitando, simiescos, la justicia suprema castraron sus instintos y sus signos viriles por jugar al axioma, a la norma, al dilema.

Quisieron sobre el polvo que pisaron, villanos ayudar al Demonio que sanciona a los muertos por mandato divino en vez de ser humanos enredaron la urdiembre de todos los entuertos.

Creyeron ser la mano de Dios sobre la tierra, la ira santa, la hoguera y el látigo encendido; hoy duermen olvidados bajo el sopor que aterra, silencio, polvo, sombra, ¡olvido! ¡olvido! ¡olvido!

II

Y pienso que algún día sobre la faz del mundo una justicia nueva romperá viejas normas y un futuro enefable, justiciero y profundo imprimirá a la vida nuevas rutas y formas.

Desde esta cárcel sueño con el vasto futuro, con el tierno sollozo que hoy palpita en las cunas, con las voces divinas que vibran en el puro cielo bajo la luz de las vírgenes lunas.

Sueño con los efestos que vendrán en cien años cantando himnos de gloria, resonantes, al viento; en las futuras madres cuyos vientres extraños daran a luz infantes de puros pensamientos.

Sueño con las auroras, con cantos infantiles, con alborozos vírgenes, con bautismos lucientes: que los astros coronan a las testas viriles, y su claror es un chorro en las frentes...

III

Desde aquí sueño, madre, con el sol bondadoso que viste de oro diáfano al mendigo harapiento, con las vastas llanuras, con el cielo glorioso, con las aves errantes, con las aguas y el viento.

La libertad del niño que juega sobre un prado, del ave que las brisas riza con grácil vuelo; del arrollo que canta corriendo alborozado; del astro pensativo bajo infinito cielo;

La libertad que canta con las aves y es trino; con los niños, es juego; con la flor, es fragancia; con el agua, canción; con el viento divino véspero, errante aroma de lejana distancia.

Todo es nostalgia, madre, y en esta cárcel fría mi amor de humanidad, prisionero, se expande y piensa y sueña y canta por el cercano día de la gran libertad sobre la tierra grande.

Viernes, 6 de Agosto de 1920.

MOMENTO

La belleza infinita que eterniza el momento
pasa por el paisaje.

Una sola garganta
son las aves, el mar, el bosque y el viento.
¡Oid, toda la tierra, divinamente, canta!

¡Hasta el silencio mismo tiene su voz que reza,
cuánta forma invisible, cuánta campana muda!
¡El cielo se abre en astros de sagrada belleza!
¡Mirad cómo la noche se hace virgen desnuda!

Abrid, abrid los ojos; este instante que alienta
prolongando los tiempos con su timón profundo
se hizo para nosotros, para que el hombre sienta
que su alma fue forjada con el alma del mundo.

(Del volúmen inédito «La Sonrisa Inmóvil»)

DESNUDO

Al morir, moriré con los brazos abiertos,
porque he sufrido todos los dolores divinos,
no llevaré mis manos juntas como los muertos:
he sangrado en las cruces de mis propios caminos.

Mi carne la escarcharon todos los desalientos
y mi cansancio enorme es hastiado y maldito
mi fardo de martirio lo azotaron los vientos
que vienen y que van de infinito a infinito...

El instante supremo por eso no me aterra
y, quedará, solemne, en cruz, por siempre mudo
bajo el acre regazo de negra, húmeda tierra,
sin harapos de gloria, sin vanidad, ¡desnudo!

ELEGÍA

Mis versos viejos guardan mi alma antigua:
alma de ensueño, corazón de estrella;
en ellos tiembla la emoción lejana,
y los cielos desnudos en belleza.

(De la pág. 4)

El poeta Fernando G. Oldini,
pronunció esta oración lírica:

«Hermano:

Llevabas en el alma una racha
divina y tenías derecho a la muer-
te de un dios.

Debías haber entrado en el des-
canso con el labio encendido en
la sonrisa serena de un epicureo
apolonida antiguo.

Debías haber muerto coronado
de pámpanos, de cara a la luz, en
una rubia mañana de la estación
fragante.

Debías haber muerto con el
espíritu esponjado de dulzura, y
en la boca, roja de juventud, la
trémola brasa inacabable de un
beso de mujer ..

Debías haber muerto como un
dios pagano... Pero la infamia de
mi siglo supo trocar en espanto
tenebroso lo que debió ser la últi-
ma lumbrada de tus constelacio-
nes íntimas...

Y sin embargo, tu agonía se
aureola de un prestigio divino. No
fue la agonía de Pan, ni de Apo-
lo, ni de Dionisoss. Su estirpe se
enraíza en el estertor de los que,
nimbados de futuro, se derrumbar-
on, apuñaleados por los sacerdo-
tes de las tinieblas.

Has caído asesinado por la mis-
ma mano que asesinó a Sócrates ..
Has caído asesinado por la misma
mano que crucificó a Cristo...

Es la confabulación de la No-
che, que vuelve. Es la sombra
que, una vez más pretende es-
trangular al Sol...

Alguién debía morir...Fuísteis
tú, hermano. el señalado por Mo-
loch...

Has bajado a la entraña del
Infinito, y ya el misterio no lo es
para ti... Ya el odio no te alcanza-
rá más... y la Eternidad, inmu-
table y serena, te tendrá como a
un niño, en la armonía silenciosa
de sus ritmos...

Pero la juventud de mi patria,
que ha venido a entregar tus hue-
sos a la Primavera para que dé el
perfume de los versos que no di-
jiste a las próximas rosas... la ju-
ventud de mi patria que porta en
sus venas ilusionadas la esperan-
za de un mundo mejor... la ju-
ventud de mi patria que está fati-
gada de arañar el vacío con sus
febriles imploraciones de justicia,
jura, ante el Infinito en el cual
has entrado, que junto a tu re-
cuerdo-luz vivirá la memoria-
sombra de tus asesinos, hasta la
hora inevitable de la venganza.

Versos antiguos, músicas antiguas...
fue lirio azul mi corazón de niño...
en plena juventud desencantado,
siento morir la música conmigo.

Mi juventud es llanto sobre el mundo...
Sobre mi corazón tiemblan los cielos...
Hace tiempo estoy muerto, pues la muerte
duerme en mis ansias hace mucho tiempo.

No hay blanduras de almohadas en mi lecho
ni caricias de manos en mi frente...
Entre todos los hombres estoy solo.

HUMILDAD

Cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
el sueño del cual nunca se despierta;
cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
y arriba ¡lejos de la tierra!
sigan abriendo los cielos
sus jardines eternos de estrellas;
cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
cerrados los ojos y mudos los labios,
grillos en la boca, grillos en las cuencas,
cenizas mi cuerpo y polvo mi carne,
muerto entre los muertos;
entonces, cuando duerma,
ante lo infinito del mundo y lo eterno
seré un milagroso puñado de tierra,
entonces, cuando duerma,
bajo el hondo negror de la tierra profunda,
olvidado de todos, Dios mío
solo, solo y en la sombra eterna,
olvidado de todos, seré como todos,
¡Dios mío! un puñado de tierra.

J. G. Gómez Hoja

Una visita al Grupo Insurrexit de Buenos Aires

Tras el vergonzoso e infame asalto a la Federación de Estudiantes de Chile, se levantaron las justas protestas de todos cuantos creen en la necesidad de una efectiva libertad de palabra y luchan por el advenimiento de un régimen social más equitativo. La intelectualidad argentina fue la primera en manifestar su indignación ante tan salvaje atentado y tal vez la que lo hizo en forma más valiente, más enérgica, más simpática. Entre esa intelectualidad se destaca el grupo universitario «Insurrexit». Su altivo, noble y vigoroso manifiesto llegó a Chile, tuvo resonancia y la Federación de Estudiantes lo colocó en sitio de honor dentro de su Club. Ahí lo pude leer con entusiasmo, con satisfacción. Me formé muy alta idea de la juventud argentina, sentí honda simpatía y afinidad hacia ella y hasta creí ver en aquel manifiesto algo así como una reparación a los ultrajes recibidos por la más noble y más querida, para mí, de las instituciones chilenas.

Al pie de este apreciable documento se podía leer «Suipacha

74». Pronto me formé el proyecto de ir a Buenos Aires, a fin de conocer esta ciudad y visitar sus principales centros culturales. Naturalmente, Suipacha 74, fue una de las primeras direcciones que apunté en mi libreta de notas. Pocos días después estaba en Buenos Aires, y la suerte me favoreció: mi alojamiento distaba apenas tres cuadras del local de la Sociedad Empleados de Comercio y Anexos, en donde sesiona el grupo «Insurrexit».

Para el primer sábado de mi estadía en Buenos Aires (el 18 de Septiembre) se anunciaba públicamente la conferencia que sobre «La Comuna» de París daría el universitario Hipólito Etcheberry. Quise aprovechar esta circunstancia y bien puedo decir que celebré el aniversario de la Independencia Chilena, asistiendo a esta interesante reunión. Por el mismo tiempo, en las principales calles de la inmensa ciudad y entre un sinnúmero de anuncios llamaba la atención el siguiente: «Si usted tiene en sus venas algo más que agua sucia; si usted no puede tolerar una injusticia sin sentir

en su rostro el rubor de la especie; si usted no tiene miedo a la verdad, lea «Insurrexit».

Aunque corra el peligro de ser encarcelado por mi atrevimiento, confieso que todo esto me entusiasmó en extremo. Sentí una verdadera necesidad de conocer más a fondo a estos «subversivos» argentinos, hacia quienes tengo sincera simpatía.

En la noche del 18 fui no uno de los primeros, el primero, en concurrir a Suipacha 74. Esta calle es una de las más céntricas de Buenos Aires y la puerta marcada con el número 74 no dista más de cien metros de la famosa Avenida de Mayo, dominada en un extremo por la casa presidencial y en el otro por el edificio del congreso, los dos cimientos más fundamentales del actual régimen. La ciudad entera conoce la existencia de esta institución que funciona públicamente y sin embargo nadie parece obstaculizar su labor. Yo como todos los demás concurrentes, llegué sin la menor dificultad a este local y nadie me molestó en mi intento. Creo que en Santiago no ocurriría lo mismo, tratándose de un centro de esta naturaleza. Es que Santiago es una cosa y Buenos Aires otra muy distinta. En Buenos Aires también se llenan las cárceles de subversivos, en Buenos Aires también se agita la ola reaccionaria; pero, con todo, difiere bastante de Santiago. Buenos Aires es puerto, es una metrópoli cosmopolita una ciudad más culta, más industrial, con menos alfabetos, sin alcoholismo, y naturalmente los criterios son más amplios.

El local en que sesiona «Insurrexit», es modesto, si se quiere, pobre. Sus dos únicos y ya viejos pisos contrastan con la altura y la riqueza de los edificios que lo circundan. Su sala de conferencias es sencilla y sus paredes no tienen más adorno que varios retratos nada lujosos; pero sí imponentes y hasta elegantes de Kropotkin, Malatesta, Pi y Margall, Trotsky, Lenine, los mártires de Chicago. Algunos de ellos no siquiera tenían marco y sólo eran recortes tomados de diarios y revistas. Pero todas simbolizan el ideal que reunía en esa simpática sala gente bastante heterogénea... El mobiliario lo constituían dos mesas, unas cuantas sillas y bancos. Colecciones de diversos periódicos

socialistas y anarquistas, y una pizarra en que se anuncian los temas de las conferencias, completaban la dotación. Sobre las mesas y en las paredes había además numerosos manifiestos de la Agrupación Obrera Comunista, cartelones en que se aboga por la adopción del Sábado inglés para los empleados de comercio, papeles en que se propicia el boicot contra determinados artículos, etc.

La sala ha ido llenándose poco a poco, y a las 21 horas un grupo discutía acaloradamente, tanto que sus voces debían oírse en la calle (pues la sala tiene varias ventanas hacia la calle) sobre maximalismo y anarquismo. Estas ya no son palabras que asusten a nadie en Buenos Aires. Ahí se lee mucho y se sabe lo que significan. Obreros, empleados, estudiantes continúan afluyendo. Los que no discuten leen con marcado interés, ejemplares de «La Protesta», publicación anarquista, fundada por el Dr. Juan Creaghe, que acaba de morir en Washington; los «Documentos del Progreso», que en los 28 números que lleva publicados ha desmentido con pruebas contundentes cientos de calumnias lanzadas contra el maximalismo: o «Spartacus», interesante revista de actualidad social.

Media hora más tarde ha empezado la conferencia y la gente desborda de la sala. Habla el compañero Eschebhere sobre la comuna de París. Sin petulancia ni amaneramiento nos hace la relación de este importante momento histórico, lee documentos, hace sus apreciaciones, compara con la actual situación, presenta una exacta semblanza de sus próceres, condena la hipócrita y cruel conducta de Thiers, y convence al auditorio. Este le ha escuchado casi religiosamente y aparece no haber perdido una palabra, un gesto del conferencista. Sin embargo no había formulismos ni vulgares cortesías. Cada uno se ha sentado a su gusto, y donde le ha parecido mejor. Aún se puede decir que no había orden en su colocación; algunos ni siquiera se han quitado el sombrero; pero la atención que han prestado y el provecho obtenido es evidente.

EMILIO VFREÁTEGUI GARCÍA

Emilio Vfreátegui García

LA SEMANA POLITICA

LA DERROTA.—DESMORALIZACION DE LOS VENCIDOS.—RAPIDA RENOVACION DE VALORES.—LA UNION NACIONAL SE REHACE.—LA ELECCION DE PRESIDENTE DEL SENADO.—LA PRÓXIMA LUCHA ELECTORAL.—CARTA A DON ENRIQUE ZAÑARTU.

Inútiles las órdenes de los jefes, inútiles sus esfuerzos para mantener la cohesión. Se hacía indispensable encontrar un medio para justificar el fracaso; un medio que aunque fuera vedado diese nueva vida a la Unión Nacional. Se recurrió entonces a la más

Rápida renovación de valores

que recuerda la histeria. Junto a ella la hecha por los maximalistas rusos es una pelotilla. Cinco minutos antes de que expidiera su fallo el Tribunal de Honor, todos sus miembros eran los más per-

fectos y cumplidos caballeros, los más honrados, los más justos, los más nobles, los más patriotas, los más dignos, los más sabios. Diez minutos después de expedido el fallo, los señores Tocornal y Subercaseaux eran unos mandrienes, unos fantoches, unos vendidos, unos indignos, unos traidores y unos anti-patriotas.

¡Jamás hemos visto un derrumbe igual!

Don Enrique Zañartu compartía con los señores Tocornal y Subercaseaux los honores de la jornada; y él, que tan patriota se portó al aconsejar el asalto del Club de Estudiantes, era también tildado de traidor. ¡Sic transit glorie mundi!

Cartas van y cartas vienen, lo mismo que si don Malaquías hubiera tallado en la política, encrespaban más y más los ánimos y parecían indicar el fin de la pomposa Unión Nacional.

En esta ocasión el odio fué fecundo, y cuando menos se esperaba.

La Unión Nacional se rehizo

Uno de los primeros síntomas de esta recomposición fué la contra respuesta de don Anselmo Blanlot Holley a don Enrique Zañartu. El señor Blanlot, que por sus pocos años no tiene un criterio que le permita obrar libremente, se aconsejó de varias personas mayores de edad, y optó... por no contestar. Era un bello gesto de amor y de odio, el segundo síntoma ha sido el acuerdo de

Elegir presidente del Senado

al más preclaro de nuestros políticos: don Luis Claro Solar.

LUIS LUNA PRIHIDEFMA

En todos los círculos políticos se estima esta elección como el comienzo de una lucha sin cuartel. Es el primer paso que da nuestra desbaratada oligarquía para hacer infecundo el triunfo obtenido por la democracia chilena con la elección de don Arturo Alessandri. Como siempre el país pagara los platos rotos.

Corresponde al pueblo chileno decidir el triunfo.

Carta a don Enrique Zañartu

Ha llegado hasta nosotros la carta que a continuación reproducimos y de cuyos conceptos no nos hacemos solidarios:

Señor don Enrique Zañartu Prieto.—Santiago.—Señor:

Todo el mundo reconoce en Ud., al hombre más patriota de Chile. Así lo estimamos al menos los que fuimos partidarios de don Luis Barros Borgoño. Para Ud. como para nosotros la patria está por sobre todo otro valor moral, filosófico o humano.

Ahora bien, Ud. ha dicho que la presidencia de don Arturo Alessandri será la ruina definitiva y total de nuestra querida patria, y que por eso lo combatió Ud. en la forma en que lo hizo.

Triunfante el señor Alessandri me parece que por amor a nuestra patria, debemos proceder a eliminarlo como eliminó Carlota Cordai al bandido Marat. Yo me encuentro resuelto a hacerlo y espero que Ud. me ayude o ampare una vez conseguido mi objeto.

¡Libertaremos así a la Patria! Espera anhelante su respuesta S. S. S. y discípulo,

Actualidad Internacional

Tendencia Internacionalista del momento mundial.—Revolución Rusa y Reacción Capitalista.—Resultado de éstas. La Conferencia Internacional de Bruselas.

Los progresos materiales de la civilización, como ser la rapidez de las comunicaciones de las personas y del pensamiento, la interdependencia de las industrias y producciones, han modificado de una manera sustancial el proceso de la vida social. Lo que antes podía hacerse nacionalmente hoy día se hace internacionalmente. Más que nunca, lo que acaece en un país cualesquiera del Globo, interesa de una manera inmediata a todos los demás países. Y es así como no ignoramos que el triunfo de la nueva Santa Alianza en Europa—tendría innegablemente una repercusión fundamental a este lado de los Andes.

El triunfo de la primera precipitaria la disolución del actual régimen social, que, —mal que mal— desde los tiempos de la paz armada—tiene como su más sólido apoyo las fuerzas militares de los diferentes países. Es así como el

triunfo de la fuerza militar en Rusia, que cuenta con la complicidad de los elementos proletarios del mundo—significaría el derrumbamiento del artificial régimen actual.

El triunfo de la Santa Alianza reaccionaria, cuya cabeza visible es Francia, y cuya cabeza invisible son los banqueros de la City y de Wall Street, y la burguesía rentista del mundo—nos precipitaría nuevamente por algún tiempo en las bellezas de un régimen cuyo lema es el orden y la cultura—y cuya práctica importa cada cierto número de años un holocausto de algunos cientos de miles de vida. El último—el de la Gran Guerra—costó de acuerdo con los cálculos del profesor y publicista bien conocido—Teodoro Hameon—veinte y tres millones de vidas humanas en plena juventud—y ciento cincuenta millones de degenerados—grado más grado menos.

Sin embargo, nos quedaría la esperanza de pensar que tal reacción no habría de durar largo tiempo, ya que el progreso ideológico y material nos empujan fatalmente hacia un internacionalismo curador.

La guerra ha sido obra del capitalismo—ya no vale la pena discutirlo—No hay quien no reconozca que tuvo por causa la lucha económica—y luchan económicamente los capitalistas y no los proletarios. Los segundos pierden todo con una guerra—son carne de cañón durante—y pagan después.

Todo esto es lo que ha provocado a través del mundo, con rara unanimidad el movimiento que hoy presenciarnos—movimiento cuya alma es socialista e internacionalista. El triunfo de este movimiento importa la paz. Los proletariados de Italia e Inglaterra han impedido ya una vez nuevas guerras—ha poco que impidieron la guerra con Rusia—y la guerra con Sur Eslavia, obligando al Imperialista Gobierno italiano a abandonar sus pretensiones antiguas, sobre Albania. Hasta hoy han hecho mucho más que la pobre Liga de las Naciones—cuya creación responde a un tardío mea culpa entonado por el capitalismo.

Las concepciones internacionalistas tienen hoy tal realidad—que suelen hacer apariciones repentinas—de las más extremas—hasta en medio de los cenáculos gubernativos. Esta semana nos ha transmitido el cable la noticia estupenda de que la delegación italiana en la Conferencia Internacional de Bruselas—contraponiéndose a Inglaterra ha sostenido que *las materias primas son patrimonio común de todos los pueblos y que todos tienen derecho a ellas en igualdad de condiciones.*

Tal es, pues, la realidad actual.

En estas crónicas semanales nos proponemos sintetizar en un conjunto armónico—las diferentes noticias del cable, señalando aquellas que nos parecen acusar síntomas reveladores.—Interpretaremos también la situación de los ejércitos que aún batallan, y lo haremos sujetándonos a un realismo sin atenuaciones y empleando en nuestro lenguaje una claridad sin embajes.

JORGE NEUT LATOUR.

Historia de la Federación de Estudiantes de Chile

Hemos sabido que el compañero Jorge Neut Lateur está ocupado en hacer la historia de nuestra Federación, desde su fundación, y que le dará a ello el carácter de un estudio sobre la evolución de Ideología de la juventud chilena.

Esperamos que encontrará entre todos aquellos que han participado en las actividades de la Federación toda clase de facilidades para documentarse.

De Joaquín Edwards Bello

Queremos renovación y sobretodo mucha claridad, mucha claridad

Finalmente tiene Chile su presidente artista, su amo intelectual y de acción.

En Chile ha imperado en política por desgracia, el criterio del burgués agente comercial. Por eso Chile está feo. No puede gobernarse sin Apolo, sin la belleza. Los egipcios tuvieron a Osiris; los griegos tuvieron a Venus y el catolicismo tiene a María Santísima que a pesar del dolor, es una fuente de belleza. En Sevilla que es la tierra de María Santísima, el pueblo canta abiertamente a su belleza física; las «saetas» a la virgen alaban el brillo de sus ojos y el color de su cara; es que en la vida todo tiende a lo bello, a lo bueno, a lo que acrecienta la alegría de vivir.

En el extranjero Chile tiene fama de ser fuerte y organizado, pero también de antifrío y poco artista. Chile no produjo un Bolívar, ni un Bello, ni un Olmedo, ni un San Martín. Bello encontró a Chile intelectualmente calvo, en pañales. Los gobernantes de Chile aparte Balmaceda, fueron poco brillantes y ajenos al arte. Fueron buenos organizadores materiales pero no supieron elevarse a las alturas de la inspiración.

La nación no pedía dirigentes intelectuales, no los quería; al artista se le miraba con un poquito de desprecio.

En todos los círculos inspiraban los agentes de comercio y de compra-venta. Pero ahora se anuncia un fuerte Chile intelectual; el pueblo piensa y aconseja y señala nuevos rumbos.

Un fuerte núcleo de escritores dirige la opinión. Digamos que al movimiento social presente no están ajenos Pinochet, V. Domingo Silva y Santiago Labarca. Es justicia.

Chile con sus casas de barro y sus paralíticos edificios públicos, de materiales ordinarios, y sus puentes afrentosos y sus teatros como barracas de nuestra ausencia del arte en su cabeza. El mundo, desde Salomón, David, Pericles y Alejandro el Grande fué gobernado por artista. Voltaire, Rousseau, Tolstoy, padres del mundo moderno, fueron artistas; Bonaparte y Clemenceau; donde quiera que se mire en los gobernantes célebres de todos los países, se encontrará artistas.

Santiago de Chile debe su primer paseo, su admirable Santa Lucía al primer de sus intenden-

tes artistas: Benjamín Vicuña Mackenna.

Alessandri, primer presidente artista de Chile después del 91, es preciso que cumpla fervorosamente su promesa.

Para esto tiene que buscarse colaboradores que estén a su altura para que los cinco años de su período presidencial sean fructíferos.

En la Intendencia de Santiago queremos ver a Alberto Mackenna Subercasaux, hombre moderno, gran artista que tiene la intuición de todas las cosas nobles y elevadas.

En la diplomacia se necesitan jóvenes de mérito. He ahí un campo de gran renovación. Todos los demás países de América nos llevan una gran ventaja, incluso el Perú, lo cual es peligroso para nosotros.

Chile debe comenzar su renovación diplomática y consular, no botando a los representantes ya existentes, que han laborado ya para hacerse una situación respetable, sino dotándolos de colaboradores intelectuales que conozcan todas las trinquinelas y el tejemaneje del oficio periodístico. Me parece que don Joaquín Fernández Blanco, que tiene ya una situación envidiable en Madrid por sus virtudes, su hospitalidad y magnificencia, vería con agrado una colaboración gubernamental en este sentido. Yo creo interpretar su pensamiento al decir esto.

La palabra a don Arturo Alessandri; «don Arturito», es un conjuro, algo mágico y virtuoso para todo el pueblo chileno. Su nombre se pronuncia en los palacios y en los chamizos. Esperemos, don Arturo no está solo. Tiene un brillante estado mayor; lo acompaña todo el elemento joven y estudianto de Chile.

Pero, además, hay que ser enérgico. Gran parte de la opinión desearía conocer todos los pormenores de la causa que motivó la movilización. Que se haga toda la luz posible en este sentido, dicen que allá no se molesta en absoluto a los chilenos sino todo lo contrario. Asimismo dijo Puga Borne. ¿Por qué movilizó Chile? El Perú no movilizó jamás ni un solo hombre. Esto lo afirmamos de manera categórica. La movilización chilena cuesta muchos millones y el queblo está maduro para soportarla sino fué motivada por una causa justísima. Queremos claridad, mucha claridad.

Joaquín Edwards Bello

De Rafael Barrol

La Madre

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla, se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la miserable estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca, ancha ventosa sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta.—En vez de dar el seno a su hijo, le dió las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil, apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó hasta el fin.

La huelga

Huelgas por todas partes, de Rusia a la Argentina. Y qué huelgas! Veinte, cincuenta mil hombres que de pronto, a una señal se cruzan de brazos. Los esclavos rebeldes de hoy no devastan los campos, ni incendian las aldeas; no necesitan organizarse militarmente bajo jefes conquistadores como Espartaco para hacer temblar al imperio. No destruyen, se abstienen. Su arma terrible es la inmovilidad.

Es que el mundo descansa sobre los músculos crispados de los miserables. Y los miserables son muchos, cincuenta mil cariatides humanas que se retiran no es nada todavía. El año próximo serán cien mil, luego un millón. El edificio social no parece en peligro; está cerrado a todo ataque por sus puertas de acero, sus muros colosales, sus largos cañones; está rodeado de fosos, y fortificado hasta la mitad de la llanura. Pero mirad el suelo, enfermo de una blandura sospechosa; sentido cede aquí y allí. Mañana, con suavidad formidable, se desmoronará en silencio la montaña de arena, y nuestra civilización habrá vivido.

NUESTRO TEATRO

Acevedo Hernández, uno de nuestros mas recios valores literarios, trabajador incansable que la vida ha tratado duramente, nos ofrece las primeras cuartillas de un libro próximo: «Desde mi Sinceridad». Esta obra de Acevedo Hernández, que publicaremos continuamente hasta su final, habrá de procurar hondamente la atención de nuestro mundo intelectual, ¡ay! tan reducido.

No es mi ánimo dedicar mi tiempo a estudiar la lentísima evolución de nuestro teatro desde su comienzo, porque si tomo en cuenta su relativo valor de hoy, llego matemáticamente a comprender que el de antes muy poco valía. Sin embargo, esbozaré algunas rápidas acotaciones.

En su principio, es decir, después de la Independencia, fué patriótico o romántico, y por cierto no bueno, el patriótico no llegó a la epopeya, ni el romántico a tener vida propia, se redujo a la imitación, y sus cultivadores parecían ignorar la vida; y, no me extraña pues, este fenómeno se repite a la luz de 1920.

Sólo tres autores merecen mencionarse en el largo período que une la Independencia a 1869, época en que escribió D. Daniel Barros Grez uno de nuestros mejores folletistas. Por esa misma época aparecieron Román Vial y Juan Rafael Allende.

Es de notar, que estos autores marcaron un progreso definitivo en la literatura chilena. Grandes observadores, supieron escribir la

obra costumbrista con gran acierto, eran cáusticos y atrevidos, su época era más hipócrita que la nuestra.

Si bien es verdad que sólo Allende llegó a la comprensión transcendental de la vida, abordando valientemente el teatro social, Barros Grez y Vial ridiculizaron y estudiaron las costumbres, desgraciadamente con superficialidad. Ellos solo oyeron el eco de la carcajada, comentaron y ridiculizaron para hacer reír, no comprendieron el dolor que aunque más mudo o más cobarde en ese tiempo, era el mismo señor todo poderoso de siempre. Los costumbristas de esa época sólo estudiaban lo exterior.

Y era digno de estudio el risible exterior de aquella gente semicivilizada, llena de prejuicios que hacía una manda cada cinco minutos, que se ocupaba preferentemente del prójimo, que para pecar apagaba la luz o cerraba los ojos, y que hasta para reír se colocaba sordina.

Era una edad gris: el tricordio del sacerdote constituía el símbo-

lo de la intolerancia, y su voz un anatema o una bendición.

Las fortunas que se negaban para obras de progreso engrosaban las arcas de un San Gregorio avaro, o servían para adquirir plenarios. El cielo era la divina pre-ocupación...

En esta, era soporífera y ambigua, escribieron los autores citados, y aún se escuchan sus carcajadas.

Barros Grez escribió «La beatra», estrenada por la Compañía Mackay en Valparaíso en 1869. «Como en Santiago», «El testarudo», «El casi casamiento» y otras. Román Vial produjo: «Los extremos se tocan», «Una votación popular», «La mujer hombre», «Choché y Bachicha», «Gratitud y amor» y el drama de carácter casi definitivo: «Dignidad y orgullo», que dió a conocer en Valparaíso la Compañía Garay.

Juan Rafael Allende fué el más valioso autor teatral de ese tiempo. lo creo un hombre legendario, batallador, terriblemente cáustico. que tuvo en su contra la sociedad de su tiempo, y que tuvo el valor de atacar en toda época al fraile y al politiquero.

Este hombre fuertísimo afrontó la peor de las vidas: la del equívoco, tal vez no supo regular sus pasiones ni sus impulsos, pero conoció como nadie la psicología del pueblo; el uno no se detuvo en la fachada. Sufrió persecucio-

nes y conoció la tremenda expectativa del banquillo. Lleváronle a él los odios políticos, que nada perdonan ni valorizan.

Allende se volvió contra la sociedad de su tiempo, porque la supo hipócrita y cruel, porque en su alma sintió las exaltaciones de un altísimo ideal de amor y porque supo comprender el dolor y el ansia enormes de este pueblo chileno, tan pasivo que lo permite todo.

Ridiculizó, Allende, atrozmente la sociedad de medio pelo, es decir, los inadaptados que sueñan eternamente trasplantaciones, en sus obras «Para quien pelé la pava» y «Víctima de su propia lengua».

Y abordó con voz potente, dolorosa, terrible, el drama del pueblo.

Todo el dolor del desheredado que sólo sabe producir, que cae diezmado junto a la máquina de un industrial avaro o el mesón de un vendedor de vino, vampiro de todos los tiempos, fué expresado por Allende.

El fué el profeta del dolor.

Y alcanzó grandes éxitos aún oficiales, como los otorgados a su drama «De la taberna al cadalso», que como construcción no resiste el análisis, pero que es un monumento como obra educativa.

(Continuará)

Acevedo Hernández

Convencidos de la necesidad imperiosa de que los intelectuales de Chile cuenten con un órgano de publicidad donde expresar sus ideales estéticos y sociales libremente, ofrecemos al público un periódico que con el nombre de «Claridad», será el vocero valiente y desprejuiciado de las aspiraciones de renovación y de justicia que caracterizan el momento actual.

Claridad ha publicado trabajos originales de: Santiago Labarca, Joaquín Edwards Bello, Alfredo Demaría, González Vera, Carlos A. Martínez, Pravda, Juan Egaña, Acevedo Hernández, Gómez Rojas, Meza Fuentes, García Oldini, Zain Guimel, Juan Martín, Fernando Osorio, Neut Latour, Torres Rioseco, María Villagrán, Víctor Barberis, Segura Castro.

Claridad seguirá publicando originales de los escritores citados. En números posteriores se dará a la publicidad colaboraciones de:

Luis Roberto Boza, Zoilo Escobar, Julio Walton, Juan Gandulfo, «Brumario», Rafael Maluenda, Antonio Pinto Durán, «Bergerac», etc.

Claridad publica en todos los números una crónica sobre:

Actualidad Internacional y Actualidad Obrera Internacional, dando a conocer en ellas, especialmente, aquellas informaciones que por deliberado propósito ha desdeñado la *prensa capitalista*.

Claridad publica todos los números a cargo de Santiago Labarca un panorama de la Semana Política.

Claridad dará a conocer los últimos trabajos, libros, folletos, artículos, etc., dados a la publicidad por los grandes escritores del exterior. Hasta ahora se han publicado artículos de: Anatole France, Romain Rolland, Máximo Gorki, Malatesta, José Ingenieros, etc. Continuaremos con escritores como: H. G. Wells, Andreas Latzko, Lenin, Trozky, Miguel de Unamuno, Luis Araquistain etc.

Claridad, en fin, mantendrá a sus lectores al corriente de todo el movimiento sociológico contemporáneo, dando a conocer, entre otros documentos de interés, *aquellos que la prensa burguesa se ha resistido a publicar*.